

# Albert Forns

## Canal Antes de las cinco en casa



Un asiduo a los puestos de libros de segunda mano encuentra trece libretas en el mercado de Sant Antoni. Son los diarios de un barcelonés anónimo que desde finales de la década de los sesenta y durante quince años dejó constancia por escrito de su día a día. El comprador se da cuenta enseguida de que los cuadernos recogen toda una vida y se propone reconstruirla, un reto mayúsculo, pues solo tiene notas fugaces que indican si su dueño fue al trabajo ese día, al Liceo o de excursión y si llegó a casa antes de las cinco o después; de vez en cuando, apuntes de viajes por Europa, billetes de tranvía y entradas a cines de sesión continua.

Porque ¿de qué se componen nuestras vidas? La respuesta reside en esta novela, con la que nos sumergimos en una aventura fascinante, la búsqueda de la persona que se esconde detrás: Hilari, un personaje ordinario con una vida extraordinaria que con sus diarios lanzó al mar un mensaje en una botella. Este libro, que es a la vez un homenaje al género del dietario y una reflexión sobre los mecanismos de la ficción, revive la emoción de encontrarla y destaparla.

*A l'acqua alta*

Exagero mucho, y puedo mezclar realidad y ficción, pero no miento nunca.

LUCIA BERLIN

## 1

El 21 de junio de 2015 compré una vida.

Era domingo, y como la mayoría de los domingos paseaba por el mercado de Sant Antoni, curioseando entre libros de segunda mano, cuando en uno de los puestos vi una pila de libretas unidas con una goma. Y mira que al lado había primeras ediciones de clásicos inencontrables, y un poco más allá unos cuantos panfletos de la Segunda República, y al fondo asomaba la cabeza una fantástica colección de manuales de excursionismo, pero yo me fui a fijar en las libretas, el patito más feo del tenderete.

La de encima de todo solo tenía una etiqueta en la cubierta en la que ponía «Diario 1970-1971». La liberé de la goma elástica y comencé a hojearla. Estaba escrita toda a mano, llena desde la primera página hasta la última, en catalán normativo, con una letra clara y fácil de entender. Cientos de anotaciones, de las anotaciones de alguien, a saber quién. En aquel primer vistazo vi viajes por Europa y descripciones del día a día de la Barcelona de la época. Y había más: «1969-1970», decía el segundo cuaderno, «Diario del 1 de enero al 7 de junio de 1979», ponía en el tercero, y así hasta trece. Trece libretas. Los diarios personales de alguien, vendidos de cualquier manera.

—Jefe, ¿qué son estas libretas?

—Son los diarios de uno de la Telefónica —me dijo el librero, un tipo enjuto y con barba—. El hombre anotaba lo que hacía cada día...

—¿Y de qué años estamos hablando?

—Creo que acaban en 1980, son unos quince años.

—¿Cuánto pide por ellos?

—Trescientos euros.

—¡Vaya! ¡No está mal!

El corazón me iba a mil por hora, porque trescientos euros no era ninguna ganga para un chupatintas precario como yo, pero aquello era un descubrimiento único. Mira que hace años que voy por allí, y nunca había visto unos diarios. Y mejor aún, los diarios de media vida... a la venta. ¿Quién vende algo así? Me entretuve un rato más, hojeándolos bajo la burlona mirada del librero, que me observaba con los ojos del pescador que sabe que el pez ha mordido el anzuelo y ya solo ha de tener paciencia. Críticas cinematográficas, esmeradas descripciones de iglesias. En una entrada hablaba de una tal Grazia, más adelante de una Angelina. Cuando está en Ginebra apunta que piden una «fondue desmesurada: no podemos acabárnosla» y lo que le cuesta en francos suizos. Un día va al dentista por una muela que «me está fastidiando», al día siguiente compra óperas en Discos Castelló y un poco más adelante anota el saldo de media docena de cuentas de ahorro. *Tickets* de todo tipo pegados entre los textos, aquí un billete del tranvía de Düsseldorf, allí la entrada de los museos del Vaticano. Las páginas estaban numeradas, y la primera libreta tenía doscientas. Eso quería decir que todos los cuadernos debían de ser unas dos mil páginas. Hay material a saco, recuerdo haber pensado, una infinidad de escenas. También me imaginé los miles de horas que debía de haber empleado aquel telefonista para escribirlas. Solo por eso ya valían los euros que me pedían. Finalmente, con un gran esfuerzo, volví a dejar las libretas donde estaban. «Me lo tengo que pensar», le dije al librero, y él asintió con la cabeza socarronamente mientras volvía a aprisionarlas con la goma elástica.

Me alejé unos metros del mercado, necesitaba aire y distancia. Primero me felicité, muy bien, chaval, por una vez no has cedido a la compra compulsiva, pero enseguida lle-

gó la angustia: vendrá alguien y me las birlará. Llamé a Emma, que aquel día trabajaba, y le conté el descubrimiento. De aquella llamada telefónica solo recuerdo que le decía «es una vida por escrito», y que todo el rato repetía «pero es demasiado dinero». ¿El veredicto? Que no me lo pensara tanto y lo hiciera, justo lo que necesitaba oír. Fui a sacar dinero del cajero y a la vuelta hice un último intento.

—Mire, que al final creo que me llevo las libretas. Pero ¿verdad que me arreglará un poco el precio? Dejémoslo en doscientos euros, ni para ti ni para mí.

—No puedo, ya has visto que se trata de una pieza única... Son trescientos euros, no lo puedo rebajar más —dijo el librero de la barba, manteniéndose firme.

La negociación se había terminado, pero aun así ejecuté los últimos pasos de la danza, fingiendo que me lo pensaba unos segundos más. Durante el regateo me había fijado en un título que había hojeado la semana anterior, *La klàxon i el camí* de Carles Sindreu, vecino del Vallès como yo, y se me ocurrió una idea desesperada.

—Venga, pues lo dejamos en trescientos euros pero me regala el Sindreu.

El hombre refunfuñó, pero finalmente soltó un «de acuerdo», y a mí me quedó una sensación de victoria agri-dulce: me llevaba las libretas, que era lo que quería, pero a cambio de una pasta considerable. Y desembolsaba hasta el último céntimo, sin una triste rebaja, cosa que decía más bien poco de mi capacidad negociadora. ¿Y el Sindreu? El Sindreu tenía muy buena pinta, pero al lado de las libretas era un plato de segunda.

Aquel domingo 21 de junio de 2015 no solo compré quince años del día a día de un barcelonés anónimo. Con las trece libretas también compraba al protagonista de este libro.

Visto en perspectiva, trescientos euros por una vida no está nada mal.



## 2

Evidentemente, la tarde de aquel domingo la pasé enfrascado en los diarios. Tenía un montón de preguntas: ¿quién era aquel trabajador de la Telefónica? ¿Un ingeniero? ¿Un operario de centralita? ¿Todavía estaba vivo? ¿De dónde le venía la obsesión por escribir? ¿Y cómo era posible que sus cuadernos, una de sus posesiones más personales, hubiesen llegado hasta mí?

Una vez ordenadas cronológicamente, la anotación inaugural de la primera libreta, de una sola línea y escrita en bolígrafo azul, ya me resolvió algunas dudas:

Jueves 1 de septiembre de 1966 – Hoy hace 37 años (1-9-29) que ingresé en la CTNE.

Aquel día no escribí nada más, y, lo reconozco, un inicio tan anticlimático resultaba poco halagüeño. Pero, a base de darle vueltas, conseguí sonsacar mucha información de aquella frase sin sustancia. Para empezar, confirmé que la CTNE era la Compañía Telefónica Nacional de España, y eso ligaba con lo de que «son los diarios de uno de la Telefónica», que había dicho el de la barba. En la cubierta de aquella primera libreta incluso figuraba estampado el antiguo logotipo de la compañía.

De aquel principio deduje dos cosas más. La primera es que treinta y siete años en la misma empresa son una eternidad, algo insólito hoy en día. Probablemente entró allí siendo muy joven, así que en aquel 1966 ya debía de estar cerca de la jubilación. Y si en 1929 tenía veintipocos, supu-

se que el diarista-telefonista no había nacido mucho más allá de 1900, por lo que podía poner la mano en el fuego por que ya estaba muerto: si todavía estuviera coleando, tendría unos ciento veinte años y aparecería en el libro Guinness de los récords, al lado de aquel supercentenario de Migjorn.

También me intrigaba el catalán tan normativo que utilizaba al escribir. Durante la tarde de aquella primera toma de contacto con las libretas detecté algunos fallos, como un *ting* entrañable, y después un *troç* y un *ventatja*, mientras hojeaba caóticamente los cuadernos. Pero, aparte de eso, el misterioso escribiente utilizaba una lengua del todo fiel a Pompeu Fabra, algo nada habitual a mediados de los años sesenta. Mis abuelos debieron de nacer un poco más tarde que él y ni de lejos aprendieron a escribir en catalán: hasta que se murió, mi abuela llenaba la lista de la compra de *sanaories* y *mansanes*, escritas tal cual. ¿Cómo podía ser que este tipo de la Telefónica tuviese tanto dominio de una lengua perseguida?

En las anotaciones de la segunda libreta aparecía todo el rato la tal Grazia:

Sábado 18 de enero de 1969 – Con Grazia. Día claro y frío. Subimos al Tibidabo desde el Valle Hebrón. Una vez arriba, saco fotos del Sagrado Corazón. Comemos en el Marisa (160 pts.) y bajamos por Vallvidrera. Antes de las cinco en casa.

Y también era omnipresente en otras libretas, como la tercera, la cuarta o la quinta. Hacen recados por Barcelona, viajan por Europa, a Basilea, Luxemburgo y Bonn. Penurias para encontrar habitación, un pequeño e inesperado dolor en el corazón en Milán y, más tarde, la visita a un cardiólogo de urgencias. ¿Era su mujer, esta Grazia con zeta?

Y él, ¿cómo se llamaba? Aquel primer día me fue imposible averiguar sus apellidos, pero su nombre de pila apareció enseguida. En la portada de la séptima libreta ponía «Diario Ilario», lo cual me trajo de cabeza durante un buen rato: ¿Ilario? ¿ILARIO? ¿En serio? ¿De verdad que este virtuoso del idioma catalán se llamaba Ilario, y no Hilari o Hilario? No lo veía claro. Para empezar, aquel «Diario Ilario» de la cubierta no estaba escrito con el mismo tipo de letra que los cientos de páginas del interior de los cuadernos. ¿Y por qué «Diario» en castellano, cuando aquellas libretas respiraban catalanidad en cada punto y cada coma?

No paré hasta confirmar que se llamaba Hilari, cosa que descubrí no en una página en concreto, sino en un dibujo infantil que se deslizó de entre los cuadernos. Aparecían diversos personajes identificados con una letra irregular, precaligráfica: dos niñas, Verónica y Natalia; un padre; una madre, y después nuestro Hilari.

Por la noche, cuando Emma volvió del trabajo, le enseñé los diarios y enseguida le entusiasmaron tanto como a mí. Leímos algunos fragmentos en paralelo, deteniéndonos para comentar en voz alta lo que íbamos descubriendo. Hilari tenía salidas buenas, pero todas aquellas escenas cazadas al vuelo eran pequeños trazos de una gran rutina y no las respuestas en mayúsculas que yo necesitaba encontrar. Y es que, si durante la mañana había experimentado el embrujo de las trece libretas, por la tarde constaté su impenetrabilidad.

Supongo que esperaba un texto que se desplegara ante mí como una autobiografía, con el escritor presentando sus credenciales, con introducción, nudo y desenlace, como un folletín por entregas, quizá incluso con un *dramatis personae*. Pero no hay nada más elusivo que unos diarios personales, que comienzan *in medias res* y sin ningún bosquejo

en la solapa. Porque el autor los escribe para consumo propio, y él ya se conoce lo bastante: sabe cómo se llama y dónde trabaja, no necesita anotarlo. Por no tener, las trece libretas no tenían ni siquiera aquella primera página de las Moleskine en la que se dice:

«En caso de pérdida, devolver esta libreta a \_\_\_\_\_.  
Se le recompensará con \_\_\_\_\_ \$».

Seguramente, para el tal Hilari era normal ir al grano y saltarse las obviedades, pero para un lector accidental como yo aquella falta de contexto resultaba nefasta, ya que me obligaba a navegar por los diarios sin balizas para agarrarme. Cuando el hombre escribe cinco días cada semana «Trabajo normal», por ejemplo, ¿a qué trabajo se refiere? ¿Dónde iba y qué horario tenía?

Curiosamente, todos estos datos personales que se ahorra mi diarista son la información que se nos pide desde el minuto cero en las redes sociales, que algunos profetas tecnológicos bautizaron —precipitadamente— como «los diarios del siglo XXI». Cuando te apuntas a una plataforma de estas, Facebook, por ejemplo, lo primero que te preguntan es tu nombre, tu *mail* y tu fecha de nacimiento, y antes de colgar el primer buenos días ya te han pedido una fotografía en la que salgas sonriendo y que especifiques dónde vives, en qué trabajas y si estás soltero o casado. Enseguida necesitarán que les des tu dirección y tu número de teléfono —para confirmar que la cuenta es tuya, es decir, que tú eres tú, que nunca se sabe—, y, ya puestos, antes del primer bostezo se habrán enterado de cuáles son tus películas y tus grupos de música preferidos. Cuando creó su monstruo, Mark Zuckerberg tenía muy claro que el invento no iba de encontrar al nuevo Tolstói, sino de conectar, por lo que concibió la página como una gigantesca guía telefónica, un catálogo relacional mundial con los

nombres y los detalles a la vista para que amigos y conocidos pudieran localizarse mutuamente. En los diarios de Hilari, en cambio, toda esta información básica no existía, y aquel primer domingo comprendí que, o bien me sumergía por completo en las libretas y comenzaba una revisión exhaustiva, o no habría manera de dibujar el retrato robot del personaje.

Existía otra opción, claro: abandonar el proyecto y enterrar las trece libretas en la biblioteca, al lado del Sindreu y de tantos otros libros que un día tuve la imperiosa necesidad de comprar pero que nunca leeré. Pero los trescientos eurazos me obligaban a esforzarme un poco más. Y que yo fuese un juntaletras sin trabajo fijo tenía al menos una cosa buena: disponía de todo el tiempo del mundo para zambullirme en aquel mar de libretas.

Aquella noche, Emma y yo hicimos nuestras apuestas sobre la enigmática Grazia. Ella sostenía que vivían juntos, pero yo había hallado algunos indicios contradictorios en mi primera inspección del material. En la quinta libreta, por ejemplo, durante un viaje a Roma, pedían una habitación con dos camas separadas. Y en la Navidad de 1974, en la libreta sexta, Hilari come con su familia, mientras que Grazia celebra las fiestas con un grupo de amigos, presentándose con una botella de champán en casa de un tal doctor Vidal. Nos fuimos a dormir con la duda de si estaban casados, como tocaba en la época, pero convencidos de que no tenían hijos: en la sociedad niño-céntrica en la que vivimos, si hubiesen tenido críos serían los protagonistas absolutos de los diarios.

## 3

*Mis diarios, una cronología*

1991 – Me regalan el típico cuadernillo con candado cuando hago la primera comunión. Al principio escribo bastante, pero dos semanas más tarde ya lo he abandonado. Ahora pagaría por poder releer aquellas confesiones prepúberes, pero el cuaderno con cerradura desapareció, mi familia le debió de dar pasaporte.

2000 – En el videoclub alquilamos una película sobre un escritor y me quedo impactado: yo he nacido para eso, es mi futuro. Esa misma noche subo a la buhardilla, desempolvo la máquina de escribir y me dejo los dedos en aquel durísimo teclado. Cuento todo sobre mí, quién soy, adónde voy, qué quiero hacer en la vida. El ruido de la Olivetti es infernal, y a las tres de la madrugada me obligan a parar porque no dejo dormir a nadie. A la mañana siguiente mi madre se burla de mí: «La próxima que saquemos del videoclub irá sobre un maniático de la limpieza, a ver si también te inspira». La obsesión me dura quince días, y unas semanas después, harto de tener aquel armatoste en medio de la habitación, vuelvo a meterlo en el trastero.

2002 – A los veinte años abro un blog en internet, convencido de que me durará las dos semanas de rigor, pero la experiencia se alarga tres años. Vuelco allí todo lo que me pasa con un estilo críptico y torturado: novias que me dejan, borracheras salvajes, los grandes éxitos de una adolescencia tardía. Descubro que aquella pornografía emocional gusta a la audiencia. Hago buenos amigos entre los lectores del dia-

rio online y engatuso a varias seguidoras, que se convierten en nuevas novias. Obviamente me dejan enseguida, generando más material para mi vertedero sentimental.

2006 – Este año soy feliz, no escribo ningún diario.

2007 – Vuelvo a la escritura, pero, en un ataque de introspección y romanticismo (veinticinco años), abandono las redes y me pongo a escribir a mano. Empiezo un cuaderno hilariano y, cuando lo acabo, estampo un 1 rutilante en la cubierta, convencido de que vendrán muchos más, sin saber que aquella será la primera y última libreta que conseguiré llenar hasta el final.

2009 – Harto del dolor de muñeca y de abandonar cuadernos por la mitad, redescubro el ordenador, pero no publico nada en internet y dejo que la autocompasión repose en mi disco duro: «verano 2009.doc», «diario de otoño.doc». Pero que nadie se deje engañar por los títulos, pese a mi ambición a la hora de bautizar los archivos, las entradas solo duraban unos días, un par de semanas a todo estirar; la típica escritura como terapia.

2011 – Conozco a Emma. Es la mujer de mi vida. Por primera vez escribo siendo feliz, ¡por el mero hecho de ser feliz! Los diarios se llenan de luz y energía positiva. Reabro el blog para anunciar la buena nueva a mis lectores, pero han pasado ocho años, los blogs ya no están de moda y mi merengue empalagoso no gusta al poco público que me queda, adicto al flagelo y la llorera.

2014 – Me apunto a Facebook, Twitter e Instagram y enseguida me convierto en un feliz yonqui de sus secreciones masivas de dopamina. Desde entonces he empezado docenas de libretas, pero nunca he conseguido superar la maldición de las dos semanas.

El diarista, esa especie capaz de ponerse a escribir todas las noches. Como un rompehielos, obstinado a través de las décadas. La misma pluma, el mismo escritorio, la misma